

# La organización académica en la docencia de la antropología

Raúl Nieto\*

---

En realidad el gremio de los antropólogos sociales es bastante pequeño si lo comparamos con los de otras disciplinas sociales de nuestro país. Una reciente estimación ubica su número en alrededor de 700 miembros. Sin embargo, y a contracorriente, podemos constatar una gran y antigua presencia de preocupaciones antropológicas en distintas instancias y momentos de la vida nacional. (A manera de ejemplo, en nuestro país difícilmente pueden ser pensados los museos y su propia

historia sin hacer referencia a problemas de índole antropológico).

Asimismo, nuestro gremio, en distintas épocas ha incidido en debates que involucran opinión pública y acciones estatales, con aportaciones que se han generado por una academia bastante sensible y productiva en su relación con la realidad nacional (ello ha implicado, sin embargo, algún tipo de crítica sobre un supuesto provincianismo en su preocupación teórica). A pesar de todo, esa presencia en ámbitos nacionales ha ido decreciendo en la misma medida -si no es que mayor- en que las ciencias sociales y sus aportaciones resultan ahora no prioritarias en nuestro país.

\* Antropólogo, director del Departamento de Antropología de la UAM-Iztapalapa.

Los cuadros profesionales que ha sido capaz de generar nuestra disciplina han surgido fundamentalmente de un pequeño número de instituciones -dedicadas entre otras cosas a la docencia de la antropología- quienes han sido las responsables de la reproducción de nuestro gremio y hasta hace poco más de una década, de buena parte de la investigación en los distintos campos de nuestra especialidad. Sin embargo, nuestra disciplina ha sufrido un proceso de profesionalización, similar al de otras que ha separado el área docente -en Escuelas, Facultades y Divisiones- de la investigación -que ha quedado confinada en Centros, Institutos y Departamentos-; tal especialización de los contextos laborales no ha redundado en una mejor profesionalización de nuestra disciplina y, por el contrario, ahora nos empieza a preocupar la posibilidad -por lo demás bastante probable- de que surjan de las instituciones docentes antropólogos que no estén calificados para las labores de investigación.

En este contexto los trabajos que ahora comentamos suscitan un conjunto de reflexiones que pasamos a desarrollar brevemente:

1. La primera reflexión que aparece es aquella que se refiere al escaso desarrollo que ha tenido el nivel de posgrado en antropología en nuestro país, no obstante los innumerables esfuerzos que ha habido, sobre todo en fechas recientes, para su consolidación. Una explicación de ello puede residir en el hecho de que durante mucho tiempo el nivel de profesionalización de nuestra disciplina se alcanzaba en la licenciatura. La tesis profesional constituía la prueba fehaciente del dominio de los secretos de nuestro oficio y daba carta de naturalización, como miembros del gremio, a aquellos que podían superar esta prueba.
2. Es evidente que el conjunto de disciplinas antropológicas no ha tenido igual suerte en el proceso de consolidación de sus posgrados; de tal manera es evidente que existen áreas poco desarrolladas -como la etnohistoria o la antropología física- y otras, mucho más recientes, que han obtenido mayor avance. Tal es el caso de la antropología social.
3. Aunque con énfasis diferentes, los problemas del nivel de licenciatura y del posgrado son básicamente los mismos. En efecto ambos niveles carecen de apoyos económicos suficientes que les permitan desplegar todas sus potencialidades; tal escasez de recursos económicos ha tenido un impacto directo en las distintas etapas de los procesos de investigación y ha obligado a muchas instituciones a reducir sustantivamente los apoyos de que dispone su personal académico. Ahora es más difícil imaginar la existencia de grandes proyectos -normalmente caros- que incorporen, al lado de investigadores formados, a grupos importantes de estudiantes que, por esta vía, accedan a cierta experiencia profesional. Por su parte los centros, que además de investigación realizan docencia de la disciplina, inmediatamente per-

ciben los efectos de la disminución de los recursos en el tipo de formación que imparten.

4. Correlacionado a lo anterior está el hecho de que la planta de investigadores, durante los últimos años, no ha crecido al ritmo que lo hacía durante las décadas anteriores. Hoy por hoy, los distintos centros de trabajo se encuentran saturados y prácticamente no disponen de vacantes (en algunos ha habido disminución de puestos de investigación).
5. En estos días el apoyo obtenido por medio de becas para la obtención de posgrado y para el apoyo de la titulación en el nivel de la licenciatura, es el mínimo de que se tenga memoria y otro tanto se puede decir de los apoyos económicos, exteriores a los recursos institucionales, destinados a la investigación. (Esto ha obligado a algunos investigadores, en lo individual, o a algunas instituciones a iniciar el camino de la búsqueda de recursos más allá de nuestras fronteras). Todo esto sin mencionar la drástica caída de los salarios de universitarios e investigadores.
6. También es importante señalar que en años recientes hemos podido observar lo que podríamos llamar una "incipiente" masificación de la docencia de la antropología. Y esto se ha dado en todos los niveles (aunque en menor medida en el doctorado). El trabajo de la Dra. Serra es un ejemplo palpable de este proceso, el que al parecer ya ha ameritado algún tipo de evaluación para el posgrado. Sin embargo, no parece, a simple vista, que tal diversificación de opciones haya redundado en una mayor organicidad de nuestra disciplina; más bien uno podría pensar que entre tal conjunto de opciones hubiese una especie de competencia por recursos, evidentemente escasos, que no son sólo económicos sino también humanos. (Algo que se podría mencionar a favor de este "menú" sería el mantener una buena dispersión geográfica, lo que en principio le permitiría atender distintas demandas).
7. Los problemas que hoy se perciben en la docencia y la investigación antropológica, evidentemente, no tienen su origen en procesos de orden exclusivamente económico. En efecto, en las distintas instituciones existen estructuras académicas y climas intelectuales que pueden facilitar o dificultar tales tareas, dichos ambientes académicos son desde luego anteriores a la agudización de la actual crisis. (Aunque no se puede negar que todos se han "enrarecido" debido a la situación económica).
8. En fin, hoy se sigue investigando y formando antropólogos en los distintos niveles. Y esto se hace en una escala y diversidad como no se había hecho en nuestra historia. Hoy contamos con un repertorio de investigaciones bastante más amplio (disperso se podría decir también) y con una oferta de programas docentes mucho más grande que la de hace una década para la licenciatura, maestría y doctorado. Algunas instituciones cuentan para realizar

estas tareas con mayores recursos económicos, humanos y materiales, y ello se ve reflejado en el tipo de resultados que obtienen y objetivos que se proponen (sin embargo, no podemos establecer una relación estrictamente lineal entre estos términos ya que son de sobra conocidos los esfuerzos "heróicos" de algunos investigadores -o instituciones enteras- al lado de, en esta época de austeridad, irracionales desperdicios).

9. La investigación antropológica no es un proceso al que simplemente aumentando la válvula de los recursos económicos esté garantizado. No basta un decreto para iniciarla. Los recursos, siendo condiciones necesarias no son suficientes. En este sentido Krotz ha apuntado el riesgo de convertirla en una baratija para la que sólo haga falta tener un poco de

sentido común. Por otra parte también identificamos la tentación de avalar las tendencias desprofesionalizantes de los niveles de la licenciatura y asumir -acríticamente- que la investigación sólo se articula adecuadamente a la docencia en los niveles de posgrado o, peor, es tarea exclusiva de los centros especializados en tales menesteres. Si bien, esta argumentación tiene cierta lógica de mercado de trabajo, lo real es que hoy existen esfuerzos en la ciudad de México -la ENAH y la UAM-I- por impedir que ello suceda (*cf.* los trabajos de Gándara y De Leonardo) y que, como en el caso de la ENAH, buscan la continuación de la licenciatura en un esquema de posgrado, o, como la UAM-I, intentan en la estructura académica que posee articular orgánicamente la investigación con la docencia.